

Un viaje sin retorno

Una holandesa en América

SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER

Universidad de los Andes/Biblioteca Nacional de Colombia/
Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 2016, 207 pp.

HACE YA un tiempo que la obra de la prolífica escritora colombiana Soledad Acosta de Samper ha dejado de ser desconocida gracias a la importante labor crítica y de recuperación iniciada por Montserrat Ordóñez y continuada por numerosos investigadores, entre ellos Carolina Alzate, Flor María Rodríguez Arenas y Catharina Vallejo. En reconocimiento al valor e importancia de la obra de Acosta de Samper, el Ministerio de Cultura de Colombia declaró el 2013 como Año Soledad Acosta de Samper. Ese mismo año, la Biblioteca Nacional conmemoró los cien años del fallecimiento de la autora con una bellísima exposición sobre su vida y obra. Estos reconocimientos, junto con la publicación de nuevas ediciones modernizadas de sus textos, son valiosos modos de divulgar el patrimonio cultural colombiano.

La presente edición de *Una holandesa en América* es parte de este esfuerzo. Esta cuidada y original edición incluye en realidad dos textos: la versión editada y revisada por Acosta de Samper de 1886 y un facsímil del volumen ilustrado por la autora, publicado originalmente por entregas en 1876. Dichos textos están precedidos por dos breves estudios: el primero de Carolina Alzate y el segundo de Catharina Vallejo. Cada una de ellas contextualiza y comenta la presente edición. El hecho de incluir las dos versiones textuales no solo permite cotejar las transformaciones de un texto, sino que ofrece al lector moderno la posibilidad de imaginar cómo era el ejercicio de lectura durante el siglo XIX. El facsímil reproduce el formato de periódico con un collage de ilustraciones que la autora seleccionó, según explica Alzate, de diversas publicaciones. Estas ilustraciones le dan una segunda dimensión al texto: permiten que el lector visualice el mundo del siglo XIX. Las imágenes son de paisajes, escenas cotidianas, batallas, hombres y mujeres de la época, y algunas figuras políticas. Pero su función no es reproducir visualmente el texto sino permitir que la lectura se expanda horizontalmente por la página. Por ello, salvo algún retrato de una figura política, ninguna ilustración lleva una explicación o identificación de lo que representa. Las imágenes están para sugerir posibilidades, para incitar al lector a que lea el texto y llegue a su propia visualización. Texto e imagen se complementan y se magnifican.

La novela posee numerosos rasgos típicos de la literatura decimonónica: personajes románticos y trágicos, encuentros sorpresivos, aventuras dramáticas, retratos costumbristas y una preocupación por lo nacional. Pero quizás lo más impactante de la novela es su balanceada fusión de géneros. Por un lado, es una novela de formación. Lucía, la protagonista, vive en Holanda con su tía y su prima hasta que un día recibe una carta de su padre informándole que su madre ha muerto y que, siendo ella

la hija mayor, le corresponde ayudarlo a cuidar de la casa y de sus seis hermanos. Así, a los veinte años, sin tener idea de lo que va a encontrar, Lucía se embarca en un viaje trasatlántico a América. A partir de este momento se enfrentará con una realidad mucho más compleja y turbulenta que la que jamás imaginó. En la Nueva Granada pasará por numerosas experiencias hasta aprender lo que realmente importa en la vida y descubrir su verdadera fortaleza espiritual. Además del clásico desengaño amoroso, tendrá decepciones familiares, penurias económicas y encuentros con varios personajes dudosos, locales y extranjeros. Pero también descubrirá amistades y afectos inesperados, su fe y determinación, la importancia de la familia y la belleza de una naturaleza singular. Esta formación incluye un despertar religioso. Al igual que Soledad Acosta de Samper, Lucía es de familia protestante pero finalmente adopta la religión católica. No hay una conversión dramática ni una construcción del protestantismo como religión herética. Hay una reflexión y un descubrimiento de la importancia de la fe.

Además de ser una novela de formación, *Una holandesa en América* es también una narrativa de viaje, aunque muy distinta de las típicas novelas de este género del siglo XIX. En lugar de representar al viajero europeo, o en este caso a la viajera, con una mirada distante que observa América como una tierra exótica e inferior a la civilizada Europa, la holandesa termina por adaptarse a esa otredad y hacerla propia. La alienación cultural del inicio desaparece cuando Colombia se vuelve su hogar. Esto la hace una novela moderna. Desde la magnitud y ensueño poético de la Sierra Nevada de Santa Marta, pasando por la pobreza de los pueblos al subir por el río Magdalena, lentamente Lucía va descubriendo las bellezas tropicales: pájaros de todos los tamaños, frutales que jamás había visto, flores de vivos colores, vestidos y comidas populares. La belleza de Colombia se despliega ante su mirada inquisitiva y curiosa. “Ya no me acomodaría en Holanda”, confiesa al final de la novela al contemplar la hacienda que años atrás estaba en ruinas y ahora se destaca como modelo de producción y bienestar (pp. 169-170). Disciplinada y paciente, Lucía ha ayudado a su padre a reorganizar la hacienda, ha educado a sus hermanos e incluso a los peones. En este sentido, la autora revierte el modelo típico del viaje en un acto de afirmación. Europa puede ofrecer un modelo de eficiencia en cuanto a la producción, pero el futuro está en Colombia. Simplemente hay que saber implementar los recursos con disciplina, educación y un poco de fe.

La lucha por la consolidación nacional de la república es el trasfondo de la segunda parte de la novela. Varios capítulos están dedicados exclusivamente a ofrecer una crónica política de la guerra civil de 1854. A través de una serie de cartas fragmentarias, se narran las diferencias entre gólgotas y democráticos, las pugnas de José María Obando, de José Hilario López, las proclamas dictatoriales de José María Melo, los motines en el norte, las acciones de los generales Herrera y Mosquera, las batallas de Zipaquirá y Tequendama. La mayoría de estos eventos son narrados por Mercedes, una amiga de Lucía

que está enamorada de un soldado. Esto le permite a Acosta de Samper anclar la historia ficticia en la historia de Colombia e incluir las reflexiones de las mujeres acerca de las luchas políticas nacionales. Mercedes se niega a aceptar que las mujeres no entiendan de política. “¡Un hombre que ha jurado defender la Constitución tiene que morir antes que faltar a sus deberes como ciudadano y patriota!”, declara enfáticamente (p. 117). De este modo, como ha hecho tantas otras veces en sus narrativas históricas, Acosta de Samper le da a la mujer un lugar predominante en las luchas del proceso de consolidación nacional.

Todo viaje implica una transformación. En su trayecto, Lucía aprende a reconocer el valor del trabajo y la importancia de recibir un sueldo por el propio esfuerzo. Descubre la tolerancia y la paciencia, y también se plantea el lugar de la mujer con respecto a la familia e incluso la posibilidad de elegir no casarse. Sin embargo es Mercedes quien articula una de las más notables observaciones. Poco antes de casarse, ella le confiesa a Lucía: “El matrimonio arranca las delicadas ilusiones del alma y la mujer casada nada tiene de poética” (p. 168). Mercedes sabe que el casamiento limita a la mujer ya que el hombre en el fondo desea su total sumisión. Ella no sabe qué pasará en el futuro pero reconoce que, si bien podría elegir ser soltera como ha hecho Lucía, ella ama a su soldado y elige casarse. Para los lectores modernos la novela subraya la importancia de la reflexión. Al igual que las ilustraciones del facsímil, Acosta de Samper no reduce la visualización de eventos ni la perspectiva de la mujer a una sola; por ello incluye varias voces. Sin rechazar los códigos de conducta de la época o rebelarse ante la moral social, *Una holandesa en América* nos invita a reflexionar y a pensar en las reglas y en la importancia de que la mujer defina su lugar en el mundo. En esos momentos, ese pasado lejano ya no nos resulta tan distante.

Nina Gerassi-Navarro

Universidad Tufts